

# Colaboradores de "La Vanguardia Española"

¿«FINIS CATALONIAE»?

## El «fin» de una película de «gangsters», simplemente

Cabo de Creus, febrero

Entre la neblina que el sol de este domingo de febrero deshilvana, se ha abierto el eco del último cañonazo sobre la tierra catalana.

Ante la serenidad inmutable de un Canigó enteramente blanco y un Cabo de Creus extendido perezosamente sobre un mar espumoso, han cesado las últimas escenas guerreras que ha presenciado este Pirineo tan conocido de Ejércitos y de batallas.

Esta vez el Pirineo se ha limitado a funciones de Portero Mayor. Quizá el pobre viejo está ya tan cansado de presenciar luchas, que ha preferido contemplar un mero desfile. Una sencilla distracción o pasatiempo para el que ha visto pasar todo el Ejército de Anibal.

¡Sí; porque por los mismos sitios y pisando las mismas piedras ha pasado el ejército rojo con sus grandes camiones e incluso con sus tanques, que son la modalidad moderna de los elefantes que componían las fuerzas de asalto de los cartagineses.

Pero, que el lector me perdone, aquí acabo con las comparaciones. No queda ya otra. El paso de los dos Ejércitos es, de tan distinto, opuesto. Unos iban, los otros corrían. Los primeros atacaban, los segundos escapaban.

El paso del ejército rojo se puede explicar o comentar de muchas maneras. De todas, menos en forma de cantar de gesta. Verdaderamente no podía jamás prever que un día tendría lugar esta parodia del «Paso de los Pirineos» que él cantó. ¡Recordáis los versos de epopeya!

«I avall, onades d'homes a onades succeïxen, ones de ferro a onades d'acer sense parar. Com mai encara es surten al cim, i ja cobreixen el pla, les del Massana seguint cap a la mar, Mostrant al sol s'escaia d'argent que lluenta, Apar serpent enorme que corre i anguleja Des de Banyuls a Salces, de Salces fins Osseja, Podent dues vegades el Rosselló faixar.»

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Y que monótona es la Historia Exacto, matemáticamente exacto, se podría hoy así describir esta serpiente de «material» y hombres que por Port-Bou y El Pertuis sale precisamente para Banyuls y Osseja, respectivamente. Dice Verdader que aquellas huestes podían fajar en doble vuelta al Rosellón. Esta nueva columna de hombres, de hierro y de acero — oleadas de hombres a oleadas suceden; olas de hierro a oleadas de acero sin parar — se extendía días pasados de Gerona a la frontera. Más de una compañía — concretamente el 32 batallón de Infantería — creyendo que por todas partes cuecen habas (lentejas en este caso), se negaba a desarmar y algunos puros pistoleros de las fuerzas del «Gouvernement» ya se habían escondido en los ejes de los vagones de la estación de Perpignan, con sus bolsillos repletos de bombas de mano y sus pistolas ametralladoras bajo el brazo... ¡Pobrecillos!... Del primer puñetazo les han cerrado la boca del estómago... ¡Infelices! Ellos desconocen el francés o, algunos, ni leer el periódico saben para enterarse que ya hoy en Francia son también los marxistas, «los marxistas presuntuosos», traducido literalmente de un periódico de izquierdas.

Los rojos, al volar los puentes, nos han causado un perjuicio real y tremendo. Real y tremendo a mí y a mi amigo, este audaz operador de la Cinematografía Nacional que parece arrancado de un film americano. Pero a las Divisiones Navarras o Marroquíes, al Ejército en general, estas voladuras han sido tan ridículas como echar gravilla para impedir el paso de una apisonadora.

Pero los últimos puentes no estaban volados ya; les hubiesen cortado la propia retirada, como ya ocurrió a muchos grandes camiones de la D.C.A., que se han quedado a dos kilómetros de la frontera, inmóviles como rollizas perdices sorprendidas por el perro.

Yo no sé si Anibal por aquellos caminos, que hoy cubre el asfalto de la carretera, dejaba muchos huesos de elefantes. Ignoro qué dejaba en pos de sí el coloso de las anchas espaldas. Pero en cambio he visto lo que ha dejado tras su huella este otro «coloso» de Negrín. Sencillo como el asfalto de la calle Balmes con los neumáticos chirriantes y enloquecidos.

¡Cómo se ha parecido esta Revolución (en Cataluña) a una inmensa película de «gangsters»! ¡Qué copia tan siniestra de esta producción «standard», con la cual la judía Hollywood invade el mundo!... Todos recordamos que las primeras manifestaciones de la revolución en Barcelona fueron los grandes coches aristados de «Parabellums» y «Hammerless» derrapando por el asfalto de la calle Balmes con los neumáticos chirriantes y enloquecidos.

Y, ahora, las últimas manifestaciones: coches quemados, como cerillas, en el Fluviá; coches aplastados en Figueras y coches despenados por la carretera de Port de la Selva; como el final espectacular de una película de George Raff. Desde el fondo de los barrancos de la Costa Brava los coches muestran sus ejes y sus diferenciales, panza arriba, en la última instantánea de su desplome que contemplaban, allá arriba, grupos huidizos de aficionados al espectáculo del celuloide. Les faltaba este detalle americano para completar dos años de esta vida de película de «gangsters»; grandes trajes, pistolas en el bolsillo interior de la americana, negocios de exportación y chantaje, borracheras colectivas y desorden integr.

No puedo resistirme de ir a ver el coche lin.

de paréntesis: si el lector quiere vivir media hora de película del más puro sabor Metro Goldwin Mayer no tiene más que trasladarse a la Cheka instalada en casa de los Conde de San Gervasio; mezcla brutal de lujo y desorden; cigarrillos de marca U. E. of A.; revistas y periódicos americanos: el «New York Worker», el «Nash»; discos de Bente Carter, botellas vacías y material de tocador femenino.

Pero hacia las crestas — que uno tuvo que subir a pie por los puentes volados de la carretera — que costienen y basan el Cabo de Creus, las huellas no son tan americanas ni modernas. Aquí y allí, desperdigados por el monte, quedan los restos de cabras y carneros que sacrificó el Ejército rojo al dios de la derrota antes de saltar ágilmente la línea fronteriza. El sol saca destellos relucientes del tejido triposo del ganado ya devorado; los cuervos y los buitres desde muchos centenares de metros se lanzan veloces... No tienen, a Dios gracias, otra comida. Estos parajes de poesía, estas mágicas tierras del Ampurdán se han ahorrado, por esta vez, la visión de cadáveres humanos.

Contando con la rapidez de sus ocho cilindros, ha habido «ministros y ministrables» rojos que han llegado a distancias irrisionarias. El día de la entrada en Barcelona comimos el arroz preparado para Juan Comorera, y según me contó un periodista francés en la frontera, Negrín pasó a las 3.45 — junto con su escolta de siete coches de poderosa marca americana —, eso es, a muy poco de llegar al propio General Solchaga. Azaña, por el contrario, pasó el primero y no se quedó en Perpignan. Los periódicos franceses que nos entrega nuestro amigo, nos lo muestran en los alrededores de Chamoni, en casa de un compañero de su cuñado Rivas Chérif, la mujer del cual declara a los periodistas: «¡Ah! si se hubiese escuchado a Azaña... Pero no se le escuchó y quisieron resistir...»

Ya empiezan, pues, las peleas y el descargo del muerto. La desgracia no los hará más dignos.

El propio periodista francés me da el último ejemplar del «Candide», semanario amigo de la España Nacional. En su primera página se lee: «LOS ÚLTIMOS DÍAS DE CATALUÑA.»

«Finis Cataloniae».

Pero, ¡por Dios!... Estos periodistas franceses no curarán nunca. Tras lo pintoresco, tras el afán de dramatizarlo todo, caen en el folletín más falso.

Señores, un poco de reflexión: Bueno, sí: «Los últimos días de Cataluña»... la de Durru-ti... «Las últimas horas de Cataluña»... la de Caspados... la de Negrín... ¡Perfecto! Pero Cataluña es algo más y algo más eterno que eso.

Eso no ha sido más que «The End», el cartelito de «Fin» de esta gigantesca ampliación de «Scarface» o de «El Imperio del Crimen».

Aquella Cataluña acabó; pero la Cataluña real, que diría vuestro y nuestro caro Charles Maurras, hoy, precisamente, empieza a amañecer.

CARLOS SENTIS

## Aquella heroica guarnición

No fué en balde el sacrificio heroico de aquella guarnición de Barcelona que el día 19 de julio del año 36 se lanzó a la calle para luchar por la gloria y la honra de España. Sabían aquellos héroes que la empresa era ardua; que las posibilidades de fracaso eran muy superiores a la de victoria, y sin embargo, se lanzaron enardecidos de entusiasmo a la pelea, uno contra diez, en el amanecer de un día grávido de dolores y de promesas de redención.

Únicamente por lealtad a la palabra dada, por fidelidad a la promesa de salvar a España aun a riesgo de la propia vida, acometieron los militares de la guarnición de Barcelona la conquista de la urbe turbulenta, erizada ya por aquellos días de fusiles y de pistolas homicidas, a pesar de los presagios que hacían temer por la derrota.

Sólo tres o cuatro días antes del Glorioso Alzamiento, el Capitán DON RAMON MOLA VIDAL, visitó en Pamplona a su hermano, el invitado Caudillo del Norte.

—Aquello—le dijo—está muy mal. Juzgamos muy difícil, por no decir imposible, que se pueda triunfar en Barcelona. Aplaza el Movimiento por unos días.

El general escuchó a su hermano impasible, pero sus ojos chispeaban tras los cristales de las gafas.

—Ya es tarde para pensar en dilaciones —contestó—. Regresa a Barcelona y que cada cual cumpla con su deber.

Se despidieron los dos hermanos con un estrecho abrazo. Ramón Mola sabía que marcaba al sacrificio, pero qué podía importar su vida si se salvaba España? ...

No hay rincón en la urbe turbulenta, rendida y pacificada por Franco, que no nos recuerde un hecho glorioso de aquella heroica gesta del 19 de julio que no evoque algún episodio magnífico de aquella jornada de dolor y de gloria. La defensa resuelta y enérgica de Atarazanas, cifra suprema del heroísmo artillero; la lucha de-

CUANDO DIOS VOLVIÓ A LOS TEMPLOS

## Estampa de la consagración al culto de una iglesia en la España liberada

A la vista de todos está, y clavada en el pecho como aguijón punzante y permanente, el desolado aspecto de los templos en nuestra capital. Para qué, pues, tratar de describir el cuadro doloroso de la profanación. La han sufrido igualmente la capilla humilde y la iglesia ostentosa en sus sillares, en sus agujas góticas, en sus ventanales policromos, en sus rosetones calados y en sus verjas labradas. Destruídos la encajería delicada del mármol de sus altares, las imágenes bellas, las vetustas arañas, los valiosos retablos, los ricos ornamentos. Y al ver desaparecer todo este bello patrimonio de la fe de nuestros padres, que es la nuestra, traducido en forma material por el arte y la laboriosidad de sus artífices, el español creyente, el español honrado, siente un arrebol en sus mejillas de dolor y vergüenza.

A la vista de todos está tamaña destrucción, y el corazón se encoje ante lo irreparable, al tiempo que el alma vibra gallarda en ansias de elevar movida por la fe, lo que la mano airada destructora derrocó en un momento de vesania.

Aquel primer domingo de inefable consolación en que el culto se restablecía en Barcelona libremente, al amparo de las tropas gloriosas liberadoras y al calor del fervor de los creyentes, despertaba la mañana somnolienta de la postración causada por la guerra y abría la parroquia de La Concepción sus puertas a los fieles.

Pena honda causa ver su frontis con los arcos destruidos, su casa parroquial demolida, el cuerpo de la nave central ennegrecido. Tan sólo el campanario airoso se levanta con su aguja pidiendo a Dios clemencia. Entre en el templo. En el altar mayor desmantelado, campea en lo que fué testero una bandera de la España grande. Cruzada sobre ella descansa el azul de una franja ante la que destaca su figura suave y armoniosa la imagen de una Virgen. Sencillo es el altar revestido de blanco lienzo. El Santo Cristo amparado amoroso entre dos velas. Así, bajo la estricta ordenación litúrgica, la santa ceremonia iba a empezar. Su párroco, un bondadoso sacerdote, todo unido en su porte, procedió a la nueva consagración del templo del Señor. Le seguimos por ese efluvio santo que une las almas cuando palpitan en el sincronismo de la creencia y la piedad. Con agua bendita roció con sencillo simbolismo la fachada y la nave. Preces sentidas se elevaron a Dios. Fervorosos los fieles seguían al pastor. Poco después el Santo Sacrificio dió comienzo. Previamente trajeron un armonium. Vistió sobrepeliz el sacerdote director de una masa coral y se elevó, después de la tragedia, por vez primera el canto cadencioso de la iglesia.

Iban llegando fieles. Cuidado su vestir, endomingados. No con la ostentación de los tiempos pasados, pues se han mermado los bienes materiales. Veíanse rostros dolidos por el sufrimiento. Muchachas a quienes el color del lápiz de carmin les deja en las mejillas y en los labios una videz que tal vez dice poco con la emoción de todos, porque el pálido es bello cuando todo el ambiente destila realidad sin fingimientos. Caballeros un tiempo adustos y hoy llenos de dulzor y mansedumbre. Madres, esposas, hijas que saben de tragedias y escasez

en la casa. Militares apuestos, pero ni vanidosos ni ligeros, sensibles solamente al honor y al fervor. Escasas religiosas con sus hábitos que tanto hubieron de ocultar. Una comunidad de cristianos dentro del siglo de la modernidad, creyentes, como aquellos de la fe de los siglos remotos, con sentimientos firmes y arraigados, dando de lado a todas las lucubraciones forjadas por los enciclopedistas, pasadas por el desquiciamiento social producido por el industrialismo, hasta caer en las aberraciones marxista-comunistas.

El renacer de la vida espiritual trae el sosiego al alma y eleva la sonrisa hasta los labios; franca, optimista, en clara oposición a la risa de mueca preparada ante los objetivos del fotógrafo que nos muestra el soviético en su Prensa amañada. Porque no hay lógica, ni estética, ni sentimientos en la alegría «standard» comunista que todo lo sujeta a la estadística, a planes quinquenales y maquinismo, agostando el espíritu del pueblo que tiende a Dios por natural impulso. Los hombres que han cambiado a través de la historia el universo, no lo han logrado ciertamente atrayendo a las masas sin sentido de fe.

Por un roto ventanón irrumpe con la gracia de sus rayos el sol en el recinto. La Buena Nueva que el sacerdote nos lee en alta voz la escucha el pueblo en pie, y el incruento Sacrificio continúa mientras que en la oscuridad que dejó un altar lateral que las turbas quemaron, un sacerdote anciano en vestido seglar, pendiente de su cuello morada estola, reconcilia con Dios a los piadosos que a sus pies se hincan. Son confesiones cortas. Por lo mucho sufrido nos trae la penitencia su perdón y el ministro dibuja con su diestra la simbólica cruz.

Si este templo fuera hoy, como un día lo fué, ascua de luz y oro en el reverberar de sus arañas y en todo el esplendor que el culto se le debe, no elevaría más la piedad simple y acrisolada de los fieles que se acercan a la Sagrada Mesa. Comunión fervorosa, si las hay, esta de hoy, de acción de gracias y consolación. Plática bella aquella del buen párroco, que nos trae el recuerdo de justos feligreses y pastores que murieron víctimas del furor. Por afinidad de sensaciones viene a mi mente la gran tragedia de la guerra mundial, cuando en los templos, los pueblos azotados por entonces se apiñaban así, en adoración; muda la súplica en los labios, abierto el corazón y en los ojos el alma.

Al correr la mañana va en aumento el número de fieles congregados. La emoción de las horas primeras se diluye en el ir y venir de los que entran. Llegan mostrando todavía algunos el ánimo encojido por el flagelo de treinta meses de renunciamentos. Aquellos feligreses más adictos secundan al rector. Se aprecia poco a poco un orden incipiente. Se traen algunas sillas. Hay más flores. En un altar de uno de los costados se oye misa rezada. Se entrelazan las plegarias con cantos, son débiles las voces, pues delatan la pasada penuria. Terminan los oficios.

En el atrio los rostros se alborozan. Se cambian frases. Cantan los «Buenos días» en los labios como un himno de paz y de contento. Discurren dos comadres sobre próximas fiestas religiosas. Caballeros y damas, de mano de sus hijos han cumplido por fin con el precepto. Surgen patriotas jóvenes con el pecho marcado por las flechas. Alguna boina roja pone una nota con su vivo color.

Todos sonríen con la risa bella: la de aquellos que otean el futuro con fruición, porque sin ocultarlo, pueden lucir sin trabas Dios en la mente y en el pecho España.

GUSTAVO GUTIERREZ GILI

## Organizaciones juveniles

SI ASPIRAS A QUE TU HIJO SE! MAÑANA UN CIUDADANO HONRADO, TRABAJADOR Y CREYENTE, ALISTALO EN LA ORGANIZACION JUVENIL DE FALANGE ESPAÑOLA TRADICIONALISTA Y DE LAS I. O. N. S.

Prosigue con gran envergadura la inscripción de juventudes en la Organización Juvenil. Son miles y miles los que diariamente ingresan en esta organización. Ciudadano catalán: No esperes más tiempo para que tu hijo pertenezca a esta organización. Juventudes de ambos sexos: alistaos sin pérdida de tiempo en las oficinas instaladas en vuestros respectivos distritos.

diéron su existencia, con su realidad magnífica en la Patria que el Caudillo rescata y restaura. Barcelona debe a estos héroes eterna gratitud. El alma de la ciudad sana y noble que es Barcelona —la Barcelona purgada de escorias y miserias— sabrá proclamar ante el mundo que no es insensible al sacrificio de los que dieron la vida por su redención. Y honrando su memoria, Barcelona se honrará a sí misma.

A. MARTINEZ TOMAS